

# El lenguaje como instrumento: un apunte filosófico sobre los estudios lingüísticos de Rafael Sánchez Ferlosio

**Julián Chaves González.** Universidad Complutense de Madrid (España)

Recibido 05/02/2025 • Aceptado 20/12/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-1211-7906>>

## Resumen

Los ensayos completos de Rafael Sánchez Ferlosio, recogidos recientemente en cuatro tomos, se inician con un volumen dedicado a los estudios sobre el lenguaje. Este artículo pretende revisar esos estudios, así como el resto de su obra, atendiendo a la hipótesis de que la obra ensayística de Ferlosio puede leerse de manera sistemática a partir de algunas claves hermenéuticas de carácter general. Para ello, el presente trabajo se propone indagar una concepción del lenguaje que puede derivarse de los escritos lingüísticos de Ferlosio, a saber, la del lenguaje como instrumento. Se concluye que el resto de la obra de Ferlosio y, en especial, lo que puede llamarse su filosofía de la técnica, no puede entenderse sin esa teoría lingüística general.

**Palabras clave:** Rafael Sánchez Ferlosio, lenguaje, técnica, lingüística, baciuelmo.

## Abstract

### Language as an instrument: a philosophical note on the linguistic studies of Rafael Sánchez Ferlosio

Rafael Sánchez Ferlosio's complete essays, recently collected in four volumes, begin with a volume devoted to studies on language. This article aims to review those studies, as well as the rest of his work, based on the hypothesis that Ferlosio's essays can be read systematically from some general hermeneutical keys. To this end, this paper sets out to investigate a conception of language that can be derived from Ferlosio's linguistic writings, namely that of language as an instrument. It is concluded that the rest of Ferlosio's work and, in particular, what can be called his philosophy of technique, cannot be understood without this general linguistic theory.

**Key words:** Rafael Sánchez Ferlosio, Language, Technique, Linguistics, Baciuelmo.



# El lenguaje como instrumento: un apunte filosófico sobre los estudios lingüísticos de Rafael Sánchez Ferlosio<sup>1</sup>

**Julián Chaves González.** Universidad Complutense de Madrid (España)

Recibido 05/02/2025 • Aceptado 20/12/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-1211-7906>>

## § 1. Introducción: cómo meterse en un jardín

Cuando Rafael Sánchez Ferlosio publicó la primera de *Las semanas del jardín* en 1974 (Madrid, Nostromo), añadió en la contracubierta un texto enigmático, desvinculado del contenido del ensayo, y que describía el proceso por el cual dos actores se alejan del texto representado para, literalmente, «meterse en un jardín». No aclaraba Ferlosio cuál era el sentido de situar esta escena entre narrativa y filosófica en la parte posterior del libro, pero lo cierto es que acabó ocupando un lugar importante en su obra: desde el éxito de *El Jarama* en 1955, Ferlosio no había publicado más que un breve artículo en *Revista de Occidente* (1966), seis o siete artículos de periódico y unas notas que, aunque consideradas por el autor como su «mejor producto»<sup>2</sup> y de vital importancia para la interpretación de su obra ensayística, surgieron como «comentarios» a los textos de Jean Itard y Lucien Malson traducidos por el propio Ferlosio. Puede decirse, por tanto, que la primera de *Las semanas del jardín* constituye la presentación de Ferlosio como ensayista y que, apoyándonos en la obviedad por la cual se cree que la primera página de los libros está en la contracubierta —creencia que se ha respetado en la edición de sus ensayos completos, donde se ha incluido como frontispicio (vol. I: 47)—, la metaescena de cómo meterse en un jardín es la puerta a la obra ensayística de Ferlosio.

Una introducción como esa nos avisa del conocido y enrevesado estilo hipotáctico del autor, pero también de las intrincadas sendas que se pretendían recorrer en el

<sup>1</sup> Este artículo ha sido realizado bajo la financiación correspondiente a la ayuda FPU19/06490 del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España.

<sup>2</sup> Sánchez Ferlosio (2015-2017, vol. IV: 564). En adelante se citará solamente volumen y página con el fin de economizar las referencias

ensayo, ya fueran lingüísticas, narrativas, estéticas o ideológicas. Si algo caracterizó a la obra ensayística de Ferlosio desde la publicación de *Las semanas del jardín*, es que no pueden distinguirse con nitidez los temas de sus libros y que, allí donde se trate de lingüística, aparecerán enseguida otros asuntos que se acabarán apoderando del texto, si es que el texto alguna vez fue puramente referido a un solo objeto. Pese a ello, la historia es de sobra conocida: el resorte principal del pensamiento ferlosiano fue la *Teoría del lenguaje*, de Karl Bühler, leído por Ferlosio alrededor del año 1957 (vol. IV: 562-564). Además, lo que Ferlosio llamó «altos estudios eclesiásticos» y lo que le tuvo ocupado durante quince años de aislamiento fue, principalmente, el problema del lenguaje. Del trabajo de todos esos años sabemos que Ferlosio ha publicado tan sólo una parte, si bien esa parte no deja de ser muy extensa para ser tratada aquí por entero. Nos tendremos que conformar con abordar uno de los problemas que pueden derivarse de sus estudios lingüísticos y por el cual pretendemos ofrecer una clave de interpretación para su obra, a saber, la teoría que concibe al lenguaje como instrumento. Para entender cuál es la filosofía del lenguaje defendida por Ferlosio, estamos obligados a mirar también hacia su teoría de la metáfora, su antropología y, sobre todo, su filosofía de la técnica, o sea, que, para discernir cuál es la lingüística ferlosiana, no nos queda más remedio que meternos en su propio jardín.

Para ello, revisaremos la obra de Ferlosio de manera panorámica, atendiendo a las consideraciones sobre la relación entre el instrumento y el lenguaje que aparecen en los estudios lingüísticos de Ferlosio y, en especial, en sus «comentarios del traductor» a los textos de Itard y Malson, pero, asimismo, intentaremos situar a Ferlosio en la filosofía del lenguaje del siglo XX, no sólo atendiendo a su contexto más inmediato como el que supone la obra de Agustín García Calvo, sino también a otras consideraciones filosóficas y lingüísticas hechas por Ferdinand de Saussure, Martin Heidegger o el ya citado Bühler. Nos proponemos, por tanto, revisar la obra ensayística de Ferlosio para indagar una concepción del lenguaje.

## § 2. El lenguaje como instrumento

De la malograda edición de los comentarios a Itard y Malson en 1973, retirada por una amenaza del propio Malson, Ferlosio extrajo un ensayo titulado «Sobre la

transposición», que se publicó apenas dos años después en *Revista de Occidente* (1975). El término de «transposición» recoge el concepto con el que Bühler quiso señalar la importancia fundamental de los demostrativos para el funcionamiento del lenguaje<sup>3</sup>, pero Ferlosio, yendo más allá de lo anterior, lo aplica a una teoría de la metáfora infantil por la cual se pone de manifiesto la naturaleza transpositiva del lenguaje. Tomando como caso la anécdota de que su hija, una niña de cinco años en ese momento, se refiriese a una calle como «afluente» y, en otro momento, al agujero que el gusano abre en la manzana como una «tubería», Ferlosio sostiene que la metáfora infantil, inconsciente de su lenguaje figurado, se produce en virtud de una «nota inalienable» que sobrevive a la diferencia entre el lenguaje literal y el figurado, y que, por tanto, la metáfora tiende a respetar. Esa nota inalienable del concepto, o sea, del significado, es lo que Ferlosio vincula tímidamente a la función de las cosas; dice Ferlosio (vol. I: 713-714) que «si el criterio funcional no tiene por qué ser siempre el dominante en la determinación de la nota más íntima del concepto [...], al menos parece que cuando [la función] existe tiende generalmente a dominar sobre las cualidades diferenciales descriptivas». De hecho, el propio Ferlosio concluye su artículo exponiendo la «virtualidad predicativa» de los conceptos que aparece en las metáforas infantiles, por la cual puede transponerse lo más inalienable de una tubería, o sea, su función, más allá de su contexto de aprendizaje o su esfera de aplicación usual. Lo más inalienable del concepto que conserva la metáfora infantil sería, por ende, la función técnica de las cosas.

Conviene reparar aquí en la glosa que hizo José Luis Pardo a la tesis de la transposición. En su artículo, «¿Dónde están las llaves?» (2010), Pardo asegura que la transposición pone de manifiesto la libertad propia del lenguaje, ya que no podemos definir el concepto sin comprenderlo vivo, inasible, en un movimiento permanente y diferenciador. Es precisamente la diferencia la llave que abre la pregunta por la metáfora infantil. En ese tipo de metáforas inconscientes, dice Pardo, se pone de manifiesto que el concepto guarda un «núcleo diferencial libre», o lo que es lo mismo, «una determinación indeterminada» que no puede distinguirse más que en lo propiamente indeterminado. Esta «singularidad errática» es la pura diferencia, entendiéndola teóricamente como si esta pudiera aislarse, y podría decirse, por tanto,

<sup>3</sup> Sobre la relación entre Bühler y Ferlosio se leerá con provecho el artículo de Santana Pérez (2019).

que no hay núcleo del concepto sin contexto, y que, por el mismo motivo, tampoco hay contexto del concepto sin la infinita posibilidad de nuevos contextos.

Tal vez inintencionadamente, la lectura de Pardo reubica la tesis ferlosiana en una perspectiva conocida por la ciencia del lenguaje, la teoría saussureana. Es de sobra conocido que la teoría del lenguaje, o mejor, de la lengua, que se deriva del *Curso de lingüística general* encuentra en la diferencia pura su clave explicativa. No hace falta insistir en este punto. Cabe detenerse, no obstante, en un momento del *Curso* que puede pasar desapercibido pero que señala un lugar fundamental de la filosofía del siglo XX. En el célebre capítulo III de la «Introducción», donde los alumnos de Saussure recogen la diferencia conceptual entre la lengua y el habla, se advierte de que una diferencia como esa no sólo se pone de manifiesto en francés, sino también en alemán, con la oposición entre *sprache* (lengua) y *rede* (discurso o habla) (Saussure, 2017: 41). Fue precisamente el término de *rede* y su significación como «discurso» lo que llevó a Martin Heidegger a derivar de ese concepto una teoría del lenguaje. En el párrafo § 34 de *Ser y tiempo*, Heidegger define el lenguaje por medio de una concepción viva y diferencial semejante a la de Saussure, aunque concediendo la relevancia sistémica de la teoría a la *rede*, o sea, al discurso articulado, por lo que es posible que Saussure errara en la equivalencia entre el francés y el alemán, o también que Heidegger estuviera fusionando la *langue* y la *parole* en la *rede*. De todos modos, lo que debe importarnos es que, al término del fragmento, se pregunta lo siguiente: «¿Es el lenguaje un útil a la mano dentro del mundo, o tiene el | modo de ser del *Dasein*, o ninguna de las dos cosas?» (Heidegger, 2016: 184-185). La respuesta a esta pregunta, que Heidegger deja en el aire, seguramente tenga que buscarse unas páginas atrás, en los párrafos relativos a la teorización del estar-en-el-mundo y, más concretamente, en el párrafo § 17. Allí, Heidegger se ocupa de los signos, que por supuesto no deben reducirse al lenguaje, aunque sabemos por Saussure que la lengua es el objeto privilegiado de la semiótica (Saussure, 2017: 42-44). En este fragmento, Heidegger no tiene reparos en definir al signo como útil —y recuérdese que la palabra que traduce útil, *Zeug*, tiene el sentido general de «cosa»—, un útil, sostiene Heidegger, cuya finalidad consiste en señalar el para-qué de los demás útiles. El signo es esa herramienta que llama la atención sobre la utilidad del resto de herramientas, que pone de manifiesto para qué sirven las cosas. En este sentido, podemos entender el lenguaje

como un instrumento mediador entre el resto de instrumentos, sin el cual no podríamos advertir para qué sirven cotidianamente. Es evidente que este lenguaje no tiene que reducirse a la lengua, sino que los signos de las cosas alcanzarán un concepto más abarcador o amplio de lenguaje, pero lo que importa aquí es que el signo es definido como un instrumento y, con ello, podemos comenzar a entender que el lenguaje puede llegar a hacer las funciones de una cosa, aunque sea una particular cosa entre las cosas.

La metáfora del lenguaje como instrumento está ya en Saussure, pues, apenas definida la diferencia entre lengua y habla, sostiene que la lengua es a la vez el instrumento y el producto del habla (*ibidem*: 46). No hizo falta mucho tiempo para que un lingüista tomara en serio esta comparación y defendiera literalmente lo allí figurado; en 1934, la *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler se abre con la tesis de que «el lenguaje es afín al instrumento; también pertenece a los utensilios de la vida, es un *órganon* como el utensilio real, la cosa intermedia material ajena al cuerpo; el lenguaje es, como el instrumento, un intermediario forjado» (Bühler, 1979: 11). Es del todo imposible entrar aquí en la complejísima investigación de Bühler, pero, para nosotros, lo relevante es cuál es el paso que dio Ferlosio respecto a la *Teoría del lenguaje*.

Pues bien, de la epifánica lectura de Bühler, Ferlosio no sólo extrajo una concepción del lenguaje vinculada con la técnica, sino algo más, una antropología. El artículo «Sobre la transposición», antes referido, ocupaba originalmente el vigésimo lugar de los «Comentarios» de Ferlosio a Itard y Malson, y así se ha publicado en la edición de sus ensayos completos (vol. I: 696-721). Por ello, la comprensión total de esta teoría no puede desgajarse del resto de «Comentarios», ni muy especialmente de la «Nota 17», en la que Ferlosio desarrolla su antropología por medio de la reflexión sobre la técnica. Allí Ferlosio dice con la mayor de las sentencias que «“en el principio era la acción”», o sea, que «[e]l objeto más primario, a efectos del aprendizaje del lenguaje, parece ser el objeto funcionalmente considerado, esto es, el instrumento; este es el objeto más inmediato, familiar y comprensible para el hombre» (*ib.*: 689). Ahora bien, ¿dónde o cómo se da el vínculo entre el lenguaje y la técnica para que el primero recoja las

relaciones funcionales de la segunda? Para responder a esta pregunta, hemos de revisar la filosofía ferlosiana de la técnica<sup>4</sup>.

Para Ferlosio, el instrumento no es un objeto aislado del mundo que está disponible para el uso libre del ser humano, sino que el instrumento hace y conforma al mundo, igual que el mundo decide el uso del instrumento. Esta relación se define por medio de la *estructura metonímica de la técnica*, por la cual se muestra que el objeto no puede separarse de su contexto técnico, pues lo lleva encima como una aureola; dice Ferlosio que «la imagen de una cuchara dice inmediatamente: “comer sopa”, la de una rotativa: “imprimir periódicos”, [y que, por ello,] los instrumentos son cosas parlantes, en cuanto que “significan” su función y connotan la acción para la que sirven» (vol. III: 318). Por ello, las cosas están en una *tensión metonímica* con un uso técnico que, incluso allí donde falta el contexto para ponerlas en acción, permite evocar su uso habitual; el útil o la parte, por tanto, presenta la connotación del todo y la virtualidad de su función técnica.

El caso límite de lo anterior se encuentra en la célebre bacía de don Quijote<sup>5</sup>. El hecho de que don Quijote imprima un nuevo sentido al objeto conocido como bacía y la convierta en yelmo pone de manifiesto que la tensión metonímica de los útiles puede derivar en nuevos usos allí donde encuentre nuevos contextos. Además, será la propia estructura metonímica de la técnica, o sea, la capacidad de evocar y concebir los usos de las cosas fuera de su contexto, la que posibilite la libertad de encontrar nuevos usos en los objetos. Esto lo deja bien claro Ferlosio cuando dice, en la nota 13 de los «Comentarios», que una piedra que hace de pisapapeles o la bacía que hace de yelmo «sufren transformaciones posibles de seguir, registrar y comprender mediante un simple desplazamiento lateral de la mirada [...] para ser realcanzadas en su nuevo sentido, para ser restituidas a un campo gravitatorio y reducidas a una univocidad de contenido que organice sus propiedades a tenor de las relaciones de la nueva constelación» (vol. I: 685).

Ahora bien, Ferlosio no advierte que el desplazamiento de uso que don Quijote ejecuta sobre la bacía no es tan sencillo como podría creerse, ni tampoco fue a capricho

<sup>4</sup> Sobre la posición fundamental que ocupa la filosofía de la técnica en la obra de Ferlosio, puede verse nuestro Chaves González (2023).

<sup>5</sup> Ferlosio se ocupa del caso en el vol. I (631 y ss.). Seguimos su consideración de manera interpretativa, esto es, considerando todas las notas a Itard y Malson y, sobre todo, su obra de manera panorámica.



del usuario. Para empezar, don Quijote no hace más que continuar el gesto del barbero que, refugiándose de la lluvia, venía ya con la bacía en la cabeza, por lo que era sencillo evocar el uso del yelmo en ese objeto cuya función ya había sido modificada; recuérdese lo que dice Cervantes (2015: 189): «porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba». Nótese aquí que la bacía producía el destello de un yelmo de manera casual al estar limpia y que, por tanto, Cervantes está dejando muy claro que había altas posibilidades de confusión entre los instrumentos o al menos entre los distintos usos de ese instrumento que hemos dado en llamar *bacía*. Por tanto, la libertad de modificar el uso de los útiles tiene lugar, al menos para don Quijote, a partir de un malentendido, no de un ejercicio consciente o voluntario de uso libre o de juego con los instrumentos.

Además, las consecuencias de modificar la situación técnica habitual no son tan emancipatorias como defiende Ferlosio, ya que la tensión metonímica de las cosas por las cuales advertimos su uso no puede desgajarse de la teoría de la «fuerza del sentido», con la que Ferlosio termina de explicar cómo se da el uso de las cosas. Muy resumidamente, el sentido es una especie de vector que, como en un campo gravitatorio, *embarga* todas nuestras percepciones y acciones de manera que veamos o hagamos tan sólo lo que viene a cumplir con las expectativas de nuestras propias inclinaciones, sean estas pasiones o intereses (vol. I: 616 y ss.). Por ello, don Quijote puede desplazar el uso de la bacía hacia el de yelmo en un momento de libertad, pero, a partir de entonces, no puede volver de su embargo, de su consideración funcional por la cual utiliza a la bacía como yelmo: tan ridículo es para los demás que se confunda la bacía por un yelmo como para don Quijote que los demás se empeñen en que es una bacía, algo que Ferlosio no tiene en cuenta pero que se deriva de su teoría y, sobre todo, de la novela de Cervantes. Otro ejemplo que ofrece Ferlosio es el del semáforo (*ib.*: 630). Cuando estamos ante un semáforo, advertir si el monigote lleva sombrero requiere un esfuerzo de desatención que implica suspender el sentido del semáforo, el cual no consiste más que en el hecho de que el verde y el rojo nos controlan el paso. Lo habitual será, dice Ferlosio, que no nos fijemos en la figura y no advirtamos si lleva o no sombrero, puesto que estamos embargados por la función del útil. Esta situación de inercia técnica ocurre con todas las cosas. La fuerza del sentido produce

una situación de embargo bajo la cual es casi imposible no ceder a los usos habituales del instrumento, aunque ese uso habitual sea tan nuevo como el que imprime la locura de don Quijote.

En la obra de Ferlosio, hay casos de lenguaje en los que el lenguaje se comporta como una cosa. Estos casos pueden denominarse «casos dulces de la fatalidad voluntariamente originada»<sup>6</sup>, ya que son ejemplos de cómo la fuerza del sentido de las cosas nos obliga a ejecutar una acción, aunque nosotros la pongamos en marcha, de una forma concreta. Para Ferlosio, el caso más claro de esas fatalidades es el arma, que acaba dominando la voluntad humana por medio de la soberbia, pero, en los casos de lenguaje, surgen confusiones dulces por las cuales las consecuencias obligadas de la acción suponen un feliz hallazgo. Son los casos de Jorge Manrique, Carlo Collodi y Polibio<sup>7</sup>, autores que, si bien se empeñaron en una intención, las reglas literarias les llevaron hacia su contraria. El caso más claro es el de Manrique: dice Ferlosio que, pese al elogio de lo universal y de lo eterno que pretendió en las *Coplas*, la lírica se acabó vengando del autor permitiéndole que sólo compusiera estrofas bien conseguidas allí donde respetó la esencia de la lírica, o sea, donde se canta lo que se pierde y se lamenta por «¿qué fueron sino verduras / de las eras?».

Puede decirse que el caso anterior es de una técnica, la literaria, más que del habla, pero la primacía de la técnica sobre el lenguaje también se pone de manifiesto en lo que Ferlosio llamó «la ley de la metonimia» (vol. I: 466-467). Según esta ley, el movimiento metonímico siempre va desde la materia prima hacia la cosa que con ella se haya hecho y, por tanto, se puede llamar «acero» a una «espada», pero nunca «espada» a un bloque de acero desnudo. Que la materia prima sea lo metonímicamente nominante es la prueba de que el lenguaje recoge la modificación técnica del mundo, pero nunca podría ocurrir que, desde el lenguaje, se nombrara una acción técnica no ejecutada, ya que no se puede abarcar por medio de la palabra la posibilidad infinita de la relación técnica con las cosas.

Entonces, ¿en qué lugar queda el lenguaje? Ferlosio dice que «el sentido y por lo tanto la tensión metonímica es el fundamento más elemental de la relación de signo» (vol. I: 689), pero cabe preguntarse si es sólo su fundamento o, más todavía, si la

<sup>6</sup> La expresión es de Valdecantos (2011).

<sup>7</sup> Respectivamente: vol. I: 273-309; 35-41; y vol. III: 496-497.

relación de signo comparte estructura metonímica con la relación técnica del ser humano y las cosas, que vale tanto como preguntarse si el lenguaje es un instrumento. La teoría técnica de Ferlosio puede encontrar muchas equivalencias con las de Heidegger y Bühler, pero aquí podemos hacer una comparación con Saussure que quizá nos aclare el sentido del lenguaje en la obra de Ferlosio. Cuando el *Curso de lingüística general* alcanza el tema de la inmutabilidad, se advierte que lo arbitrario de la lengua impone su propio forzamiento, o sea, que «se dice a la lengua: “¡Elige!”, pero se añade: “será ese signo y no otro”» (Saussure, 2017: 109). Aunque Saussure está hablando de la conformación de la lengua, encontramos aquí un embargo semejante al de las cosas en Ferlosio, ya que la inmutabilidad de la lengua produce una tradición que imposibilita los cambios súbitos y generales, y mucho menos voluntarios. Esta condición por la cual la lengua vincula la arbitrariedad con su tradición, unida a la definición de la lengua como sistema negativo de diferencias que remiten unas a otras, nos pone de manifiesto que el lenguaje comparte estructura con la técnica, y que necesita tanto de la tensión metonímica como de la fuerza del sentido para ponerse en funcionamiento: hablar es poner en tensión metonímica las palabras con su entramado de diferencias, pero, sobre todo, es embargarse en el sentido de las palabras, que nunca será elegido a placer del usuario, excepto justamente en los casos poéticos que suspenden el sentido. De esta equivalencia general entre lenguaje y técnica, podemos derivar que el lenguaje es un instrumento, con las mismas posibilidades de uso —ni más ni menos— que cualquier otro<sup>8</sup>. Podría decirse que, de acuerdo con la vieja noción de *lógos*, no hay pensamiento sin lenguaje y, por tanto, que no podría haber acción sin un lenguaje previo, pero esto es algo que niegan explícitamente Bühler y Ferlosio, y que evidencia Heidegger cuando sostiene que la función del signo es remitir a los usos de las cosas, es decir, cuando le atribuye una función mediadora por la cual el lenguaje no es anterior a la acción, sino, a lo sumo, simultáneo como un instrumento más. De igual modo, el *lógos* posibilita evocar el uso de las palabras fuera de su contexto y renovar constantemente el lenguaje, pero también el lenguaje está sometido a la estructura técnica por la cual las palabras encuentran su uso. Que no haya *lógos* sin

<sup>8</sup> Que el lenguaje sea un instrumento de acuerdo con las tesis de Ferlosio implica que hemos de tomarlo como un instrumento de dominación o de «fatalidad sintética», esto es, de fatalidades originadas por la libre voluntad humana. Sobre lo anterior, no debe dejar de leerse el libro de Valdecantos (2019) donde se considera el problema de Ferlosio en las pp. 209-210.

remisión de uso explica que Bühler abra su *Teoría del lenguaje* diciendo que el *zoón politikón* y el *homo faber* son las dos caras de lo más humano del ser humano.

Hay, por último, un caso lingüístico del tiempo y el contexto de Ferlosio que pone en jaque todo lo dicho hasta ahora, y es el caso de una niña de veinte meses, concretamente, la sobrina de Agustín García Calvo, que protagoniza el breve ensayo «El fonema y el soplo» (García Calvo, 1973: 77-89). Allí se cuenta que, jugando a apagar una cerilla, el tío de la muchacha le animó a hacerlo ella por su cuenta diciéndole: «ahora tú». Pero, cuando la niña fue a apagar la cerilla, en lugar de soplar, dijo: «Pú». El adulto le intentó explicar que «tenía que soplar» pero, evidentemente, el término «soplar» era oscuro de significación para la niña, por lo que le costó un buen rato aprender el gesto técnico del soplo, que, como asegura García Calvo, es un gesto de pura invención relacionado íntimamente con la condición de *homo faber*. Hasta ahí, podemos estar de acuerdo, pero, a continuación, se defiende que una experiencia como esa pone de manifiesto que no es siempre la técnica la que media entre naturaleza y cultura, y, con ello, que el fonema siempre surge del soplo, sino que el soplo también puede surgir del fonema, lo que complica las cosas cuando se quieren sacar conclusiones de la relación histórica entre naturaleza y sociedad. Sin embargo, de acuerdo con la teoría del lenguaje entresacada aquí, no cabe leer la experiencia de García Calvo con su sobrina como él mismo hace, sino que ha de entenderse, de manera evidente, que el instrumento que pretende apagar la llama de la cerilla es el instrumento del lenguaje. Nunca se dice en la obra de Ferlosio que el uso de las cosas venga naturalmente determinado, lo que alcanza hasta el bipedismo de la especie humana (vol. I: 656), pero sí que el conocimiento técnico de las cosas embarga la conducta hasta el punto de verse forzado a utilizarlas. Por tanto, puede concluirse que el caso de la sobrina de García Calvo es el caso extremo donde el lenguaje funciona como un instrumento: una niña que todavía no es poseedora del instrumento soplo, pero sí del instrumento lenguaje, puede llegar a creer que las palabras también sirven para apagar las llamas.

### § 3. Conclusiones. Una hipótesis en favor de los jerséis

Hay una respuesta anecdótica de Ferlosio que suele citarse como una clave interpretativa de su obra: «Siempre se escribe para los demás. Pero yo no escribo con

la necesidad inmediata de publicar. Siempre digo que yo sé hacer punto, pero que lo que no sé es hacer jerséis» (Espada, 2002). De acuerdo con esta opinión, se defiende que Ferlosio fue un autor autocrítico, muy dado a corregirse o a contradecirse, interesado por cuestiones muy alejadas o que recibían tratamientos siempre novedosos y, sobre todo, un autor alejadísimo de cualquier intención sistemática en su obra o de verter en ella alguna tesis general; a lo sumo, se cree que Ferlosio fue un autor de «constantes» (Ruescas Juárez: 2014). Seguramente esta hipótesis ha sido contraproducente para los estudios acerca de Ferlosio, pues no nos ha permitido mirar su obra de manera panorámica, sino reducirnos a las breves o humildes hipótesis que se deslizaban de sus artículos o sus libros breves. No obstante, lo que se ha querido poner de manifiesto hasta aquí es que también hay razones para defender lo contrario, o sea, que en la obra de Ferlosio hay también un Ferlosio que sabe hacer y que hizo jerséis.

En efecto, si se leen de manera general los «Comentarios del traductor» y se los pone en conversación con los artículos que Ferlosio dedicó a la cuestión de la técnica y, sobre todo, a la cuestión de las armas, se consigue advertir fácilmente que aparece una teoría del lenguaje como instrumento, o, si no se quiere llegar a tanto, una hipótesis general acerca de la importancia de la técnica en las huellas del origen de la lengua, así como en su funcionamiento. Por ello, no debe desestimarse la posibilidad de hacer interpretaciones sistemáticas de la obra de Ferlosio, con el fin ya no sólo de poder utilizar nuevas hipótesis que sirvan como claves hermenéuticas de su pensamiento, sino, sobre todo, para avanzar en sus estudios.

Hasta ahora, la obra ensayística de Ferlosio ha sido muy poco considerada en el ámbito académico, y seguramente la opinión acerca de la condición fragmentaria, contradictoria o autocrítica de su obra le ha hecho un flaco favor a esa posible recepción. Además de que hayamos encontrado una teoría del lenguaje que urge poner en conversación con la lingüística del siglo XX, cuyos vínculos con Ferlosio a través de Bühler son muy claros o extensibles hasta incluso Saussure, los ensayos de Ferlosio contienen otras importantísimas tesis sobre la noción de destino<sup>9</sup>, la modernidad tardía, la guerra, la filosofía de la historia o, como hemos visto aquí, la filosofía de la

---

<sup>9</sup> Como ejemplo de por dónde podrían empezar esta clase de estudios, puede citarse el trabajo de Moreiras (2021).

técnica. La tarea que tenemos por delante es empezar a hilarlas, advertir el jersey recorriendo sus hilos.

## Bibliografía

- Bühler, Karl (1979), *Teoría del lenguaje* (Julián Marías, trad.). Madrid, Alianza.
- Cervantes, Miguel de (2015), *Don Quijote de la Mancha* (Francisco Rico, ed.). Madrid, Alfaguara.
- Chaves González, Julián (2023), «Entre el arco y la flecha. El dispositivo del sujeto en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio», en *Disputatio*, 12, 25, pp. 155-183.
- Espada, Arcadi (2002), «El pueblo americano pedía venganza y la ha tenido. Entrevista: Rafael Sánchez Ferlosio», en *El País*, 4 de mayo, <[https://elpais.com/diario/2002/05/04/babelia/1020469150\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2002/05/04/babelia/1020469150_850215.html)>, [29/02/2024].
- García Calvo, Agustín (1973), *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*. Madrid, Siglo XXI.
- Heidegger, Martin (2016), *Ser y tiempo* (Jorge Eduardo Rivera, trad.). Madrid, Trotta.
- Moreiras, Alberto (2021), «Tiempo de gracia y tiempo de destino: Rafael Sánchez Ferlosio y la infrafilosofía», en *Journal of Spanish Cultural Studies*, vol. 22, is. 2, pp. 225-235.
- Pardo, José Luis (2010), «El concepto vivo o ¿Dónde están las llaves? Ensayo sobre la falta de contextos», en *Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 304-318.
- Ruescas Juárez, Juan Antonio (2014), *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las «constantes» de sus ensayos*. UNED. Tesis doctoral.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (2015-2017), *Ensayos*, 4 vols. (I, II, III y IV) (Ignacio Echevarría, ed.). Barcelona, Debate.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1975), «Sobre la transposición», en *Revista de Occidente*, n.º 142, p. 33.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1974), *Las semanas del jardín. Semana primera*. Madrid, Nostromo.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1966), «Personas y animales en una fiesta de bautizo», en *Revista de Occidente*, n.º 39, pp. 364-389.
- Santana Pérez, Sandra (2019), «Los viajes de Mahoma y la montaña: el concepto de transposición en Karl Bühler y Rafael Sánchez Ferlosio», en *Revista de Filosofía*, vol. 44, n.º 1, pp. 95-112, <<https://doi.org/10.5209/resf.64273>>, [20/02/2025].
- Saussure, Ferdinand de (2017), *Curso de lingüística general* (Mauro Armiño, ed.). Madrid, Akal.
- Valdecantos, Antonio (2019), *Signos de contrabando. Informe contra la idea de comunicación*. Madrid, Underwood.
- Valdecantos, Antonio (2011), «La expropiación de la mano», en *La clac y el apuntador. Materiales sobre la verdad, la justicia y el tiempo*. Madrid, Abada, pp. 143-182.